

(Una nota del Autor)

Los relatos (las historias) contenidos en *El circuito (Cajas de cartón)*, al igual que otros relatos que yo he escrito, son autobiográficos. Ellos están basados en experiencias de mi niñez, viviendo en una familia de trabajadores agrícolas inmigrantes. La inspiración para escribirlos procede de mis maestros y de la comunidad entre la cual se desarrolló mi infancia.

Cuando empecé mis estudios, yo no sabía ni una sola palabra de inglés; sólo podía hablar español. De hecho reprobé en el primer grado por no saber suficiente inglés. Nunca tuve auto-confianza en inglés hasta que conocí al señor Lema, un maravilloso maestro de sexto grado a quien describo en la historia que da título a la colección, “El circuito” (Cajas de cartón). Me inscribí en sus cursos tras haber perdido los primeros dos meses de clase por andar ayudando a mi familia a pizarcar uvas y algodón. Iba muy rezagado respecto a los otros niños de la clase pero, gracias al señor Lema, logré hacer grandes progresos. Durante la hora del almuerzo él me brindaba ayuda adicional.

Aunque yo no hablaba bien el inglés, y el señor Lema no hablaba español, nosotros nos las arreglábamos para comunicarnos mutuamente. Él valoraba mi ascendencia cultural mexicana (mis antecedentes culturales mexicanos) y mi lengua nativa en tanto que me enseñaba el inglés. A veces aquello resultaba frustrante para ambos, pero él nunca perdía la paciencia conmigo. Él jamás me hizo sentir inepto (incapaz) o inferior por motivo de mis escasos conocimientos del (de mi pobre desenvolvimiento en el) idioma inglés.

La señorita Bell, mi profesora (maestra) de inglés en segundo año, tuvo también mucha influencia. De ella aprendí a apreciar la literatura y los relatos testimoniales de experiencias personales. Aunque yo tenía dificultades para expresarme, disfrutaba no obstante escribiendo sobre mi niñez de inmigrante. En uno de mis ensayos, ella comentó que las experiencias sobre las que yo escribía eran muy emocionantes y que mis escritos eran promisorios. Ella me hizo leer entonces *Viñas de ira*. Me costaba entenderle, pero no pude desprenderme de él hasta que lo terminé. Esa fue una de las primeras obras literarias con las cuales pude identificarme. Conforme avanzaba en su lectura, yo iba

apreciando más el valor y la fuerza del lenguaje para sacudir (conmover) las mentes y los corazones.

Después de graduarme en la Escuela Secundaria Santa María, recibí varias becas para asistir a la Universidad de Santa Clara, donde descubrí que mis experiencias de inmigrante eran tanto un obstáculo como una bendición. Eran un obstáculo en la medida que yo no contaba con las privilegiadas experiencias sociales, económicas y educativas de que gozaban mis condiscípulos. Sin embargo, ellas eran una bendición porque me servían como un recordatorio constante de lo afortunado que era porque estaba en la universidad. Esas vivencias me convencieron de que yo debía hacer lo que estuviera a mi alcance para avanzar en mis estudios y no darme por vencido. Yo comparo mi situación de entonces a la de un hombre que se está ahogando. Un hombre que se está ahogando utiliza el agua, la misma sustancia que amenaza su vida, para salvarse. Así mismo yo utilicé la pobreza y esas vivencias que al inicio me deprimían para levantarme la moral. Siempre que me sentía desmotivado (desanimado, desalentado), escribía acerca de mi niñez.

Al graduarme en la Universidad de Santa Clara, recibí una beca de postgrado de la Universidad de Columbia en Nueva York, donde conocí a Andrés Iduarte, un profesor y escritor mexicano que se convirtió en el tutor de mi monografía (el asesor de mi tesis de grado). Siguiendo sus consejos de publicar mi obra, reuní los apuntes que había tomado en el transcurso de los años y escribí *Cajas de cartón*, la cual fue publicada en una revista literaria en español que había en Nueva York. Traducida al inglés bajo el título de *The Circuit*, fue publicada en el *Arizona Quarterly* y recibió el Premio Anual del Arizona Quarterly para el mejor cuento.

En el curso de los años siguientes, continué con mis esfuerzos para escribir más cuentos, pero la enseñanza y las actividades administrativas me dejaban poco tiempo para mis escritos. Entonces solicité y me fue concedido un permiso sabático para 1995. Dedicué ese año entero a investigar y a escribir el libro *The Circuit* (Cajas de cartón).

Al escribir estos relatos, me apoyé fuertemente en mis recuerdos (remembranzas) de la niñez, pero también hice una amplia investigación de fondo. Entrevisté a mi madre; a Roberto, mi hermano mayor, y a otros parientes. Examiné viejas fotografías y documentos de la familia, y escuché muchos corridos mexicanos que había oído durante

mi infancia. También recorrí diversos lugares en el Valle de San Joaquín donde habíamos vivido en campamentos de trabajadores inmigrantes: Bakersfield, Fowler, Selma, Corcorán, Five Points. Visité los museos de esos poblados y leí los periódicos de aquella época. Lamentablemente, fue nula o escasa la información o documentación que encontré en esas fuentes sobre los trabajadores agrícolas inmigrantes. Me sentí defraudado, pero eso me convenció aún más de que debía escribir este libro. A medida que yo recopilaba más material, empecé a recordar otras experiencias que había olvidado con el paso del tiempo. Mirando retrospectivamente aquellos recuerdos infantiles desde el punto de vista de un adulto, hice una serie de descubrimientos acerca de mí mismo en relación con mi familia, mi comunidad y nuestra sociedad. Adquirí así una conciencia más profunda del propósito y el significado de mi tarea como educador y como escritor.

El mayor desafío que yo enfrenté fue escribir sobre mis vivencias de la niñez desde el punto de vista del niño, y hacerlas accesibles tanto a los niños como a los adultos. Quería que los lectores oyeran la voz del niño, que vieran a través de sus ojos y sintieran a través de su corazón.

¿Por qué escribí estas historias? Las escribí para documentar parte de la historia de mi familia, pero, sobre todo, para expresar la experiencia de un sector más amplio de nuestra sociedad que ha sido frecuentemente ignorado. A través de mis producciones (a través de lo que escribo) yo aspiro a proporcionar a los lectores una visión de las vidas de los trabajadores agrícolas migrantes y de sus hijos, cuyo agotador trabajo de cortar (pizar) frutas y legumbres, permite abastecer nuestras mesas de alimentos. Su coraje y sus esfuerzos, sus anhelos y esperanzas de una vida mejor para sus hijos y para los hijos de sus hijos le prestan significado a la frase “el sueño americano”. Su historia es la historia de los Estados Unidos de América.